

ANDRES CALCANEAO DIAZ



61

ACULTA, DCE

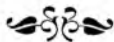
BIBLIOTECA
Jorge Gurria Lacroix

Andrés
Calcáneo
Díaz

Red Nacional de Bibliotecas Públicas

A la memoria
de nuestros padres

Andrés Calcáneo Díaz
y
Eva Becerra Roviroso



María de los Ángeles
y
José Alfonso



Edición privada
de quinientos ejemplares
numerados.

Andrés
Calcáneo
Díaz

Prólogo de
José Carlos Becerra

71840

F7.

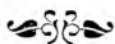
928.61

C34

A52

N.7.38577

Fotografía junto a un tulipán



José Carlos Becerra

Mis primeros contactos con esta historia ocurrieron en mi infancia. Fueron algunos fragmentos de conversaciones de adultos atentamente oídas por una curiosidad —como se verá más adelante—, marginal a sus temas, durante las reuniones dominicales en el viejo chalet de una anciana tía Becerra donde yo recibía, sin saberlo, ya los últimos y más gastados comentarios de aquella representación familiar detenida la mañana del fusilamiento del poeta Andrés Bello Díaz, treinta y tantos años antes.

Entre los olores emitidos desde la alacena y el penduleo de los columpios en el patio trasero, tendíase un puente sólo visible en la voz de mi tía. Ya que según me parecía, esta voz, valiéndose de su charla pintoresca con mis padres y algunas otras visitas, construía para nosotros los pequeños, indirecta, sutil, diabólicamente, aquel puente que operaba como el único acceso a la alacena desde los columpios. Frases, giros, entonaciones, no eran para mí sino diversos fragmentos constructivos de aquel puente que sólo era visible hasta que la anciana le colocaba la última piedra: la frase con que nos gritaba a sus sobrinos, que las puertas de la alacena ya iban a ser abiertas. Entonces el puente aparecía por completo y

era de lo más sencillo cruzarlo, bastaba con dirigirnos a la alacena. Pero una vez que lo cruzábamos, volvía a desaparecer.

Al domingo siguiente, lo primero que mi insaciable gula infantil notaba cuando llegábamos al chalet, era la ausencia del puente. Pero al mismo tiempo, yo sabía que por grande que fuera mi golosa curiosidad preguntar por él a mi arribo hubiera sido inoportuno, fuera de las costumbres de aquella casa, y lo peor de todo, inútil. Porque el ademán con que nuestra tía nos señalaba el jardín era definitivo. “Los niños a jugar” decía, y no nos quedaba otra que salir a mecernos en aquellos columpios, oyendo cómo su charla comenzaba la construcción del puente, del tránsito hacia los vinos caseros de guayaba o naranja, hacia los embutidos, hacia los dulces de marañón. Lo cual me llevaba a seguir, valiéndome según yo de ciertas claves —un giro de la conversación, la aparición de un nuevo tema—, la charla de mi tía con mis padres y con algunas otras visitas. Tal vez parezca una mentira lo que voy a decir, pero estas claves jamás le fallaron al niño que las había descubierto; siempre supe, por ejemplo, que antes de que la orquesta familiar atacara el tema Calcáneo Díaz, mi anciana tía se interrumpía a sí misma poniéndose de pie para salir al porche trasero y gritarnos la frase de siempre, última piedra con que remataba la construcción de nuestro puente: “Ya vengan, niños.”

Una vez servido el vino y las golosinas, a los menores se nos permitía quedarnos en la sala, y mientras les despegábamos a los dulces de marañón sus envolturas de celofán, la plática de mi tía otra vez trasegaba los tiempos y retiraba aquellas otras crujientes envolturas de su historia donde su voz devenía en porcelana manchada, en objeto infundido del rozamiento corporal de sus fantasmas.

Y así fue apareciendo frente a mí, sin completarse nunca del todo, la figura del poeta Andrés Calcáneo Díaz. Y digo que sin completarse no porque le faltaran piezas a su rompecabezas, sino porque las piezas que le sobraban en cualquiera de sus partes eran las suficientes para confundirlo a uno, para hacerme imposible el hallazgo de las piezas justas que completarían el retrato. Tal vez porque en los retratos completos de hombres como él no hay piezas justas, sino que éstas permanecen en los fragmentos de otros retratos, en el rompecabezas de un tiempo más general, en los escurrimientos de

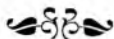
una historia que desde el pasado también puede hacernos la seña fantasmal de lo indestructible.

Y así mi anciana tía, cuñada del poeta y prima hermana de mi padre, sentada en la vieja mecedora vienesa de caoba roja y mimbre amarillo, mal vestida, torciendo la boca hacia la derecha en aquel gesto burlesco que luego descubrí en los rostros de muchos otros miembros de la familia cuando aludían a su derrota social; conducía con la misma pericia de una hábil tejedora los múltiples hilos de aquella historia, pese por otra parte, al desorden tropical de su charla —táctica diabólica según yo, para construir un puente—, donde el orgullo familiar, el rencor y el desprecio en la derrota, el sarcasmo implacable y la jocunda gracia tabasqueña giraban y aparecían unidos en sorpresivas volutas de ágil labrado, que un instante después una nueva inflexión de voz o una grosera carcajada de anciana, escamoteaban de nosotros. Pero en el tejido a veces poco visible de aquella charla, donde un puente podría o no ser construido para mí y mis hermanas, la referencia central a la figura de Calcáneo Díaz fue siempre la misma, en cualquiera de las caras de aquel dado arrojado por la mano de interpretaciones que a veces discrepaban: la carta de despedida escrita por el poeta la mañana de su fusilamiento.

No solamente en aquellas calurosas mañanas domingueras pasadas en el viejo chalet, aparecía la referencia en torno a Calcáneo Díaz como una de las claves constructivas de aquel puente que nos comunicaba a los pequeños con la alacena, en el jansenismo tropical de mi tía Aurora. También a veces en casa, durante la sobremesa, mi padre me repetía de memoria aquella carta de despedida, que así la sabían algunos miembros de la familia. Y las frases de esa carta en la voz de mi padre, al desprenderse de los sistemas constructivos del puente en el chalet y de las apariciones un tanto herbolarias con que se acompañaba en la voz de mi tía, avanzaban hacia mí sin detenerse, cruzaban los límites de la voz de mi padre y me hacían depositario de no sé qué *temor* y *temblor* que con el tiempo encarnaría en uno de los desciframientos de mi vocación.

¿Pero en fin, qué les quedaba a algunos de los miembros de mi familia, de aquel pasado arqueado de suntuosidad provinciana? Rencores, sátiras, melancolías y altivoces burbujeando sin descanso en el solaz de la verborrea familiar. Fantasma morales, espejos que sólo reproducían las imágenes más distantes y que por aquel pro-

ceso de acercamiento en la reproducción mediante el espejo, tornaban a volverse, como por obra de una maldición, más distantes cuanto más reflejables, más confusas cuanto más visibles. Y en aquel mundo, la voz de la tía Aurora y el fino sabor del confite de marañón, ponían en cuerpo avistable las lecciones desencajadas, conmovedoras y ridículas de los fantasmas que pese a todo no retornarán nunca del otro lado del espejo, o del otro lado de la voz de aquel que dialoga con los muertos y que por esta razón, según el poeta, mudo lo encuentran los vivos.



Mucho tiempo después de aquellas mañanas domingueras transcurridas en el viejo chalet situado en los alrededores de Villahermosa, la lectura de algunos poemas de Calcáneo Díaz me demostró su pericia verbal. No tuvo desde luego amplios horizontes literarios, no tuvieron sus versos proporciones confiables y mucho menos sorprendentes, aunque su versificación era impecable, concisa. Sus lecturas fueron seguramente algunos románticos franceses y españoles, algunos modernistas latinoamericanos. La voz tonante y la maniática precisión de Díaz Mirón lo seducían más que lo indecible, poético de la obra díazmironiana. Pero la camisa manchada de sangre de José Asunción Silva también solía pasearse por su voz. Estos dos poetas significaban en Calcáneo Díaz esa ambigüedad que la historia latinoamericana designaba para sus escritores, y que sólo la concretización de la Revolución Cubana comienza a cancelar: de un lado la acción política, del otro la obra literaria. Sin alcanzar nunca la conciliación, ni siquiera el transcurso paralelo. Como artista, el sujeto sufría las deformaciones de su acción política, y como político padecía la retórica de su creación literaria cuando ésta había dejado de serlo. Así escindido en el mismo seno de la organización vertical de su sociedad, el escritor latinoamericano ha vivido y nos ha hecho vivir a sus lectores en esa especie de vigilia histórica que parecía ser la representación de nuestro destino.

Díaz Mirón y Silva representaban en Calcáneo Díaz las dos etapas, muchas veces simultáneas, de una misma obsesión: la preocupación práctica del artista por los problemas de su país o los prejuicios creativos del artista frente a la realidad. Y esto también sin conciliaciones, aunque un día suele aparecer la disolución de los



Andrés Calcáneo Díaz con sus padres y hermanos



prejuicios creativos en las simplificaciones vulgares de nuestros políticos. Calcáneo Díaz vivió esta dicotomía sin diluirla, tal vez por ello y por la época en que le tocó vivirla, pagó con su muerte, cuya arquitectura y sentido último realizó el propio poeta, como veremos más tarde, al arrebatarle su muerte a sus victimarios para manejarla él mismo con la intensidad de una obra maestra, pero con el ademán de sus mejores intentos poéticos y también con el sentido de aquellos momentos de su vida que fueron realmente suyos: Los destierros voluntarios, las precipitadas entradas y salidas en la escena política de San Juan Bautista,* la convivencia y los juegos con los actores de los teatros ambulantes, los diez meses de cárcel, sus arrogantes arribos en noches de retreta a Plazas de Armas; y todo esto realizado con un ritmo de transformaciones en los atuendos y aposturas que las cámaras fotográficas iban reseñando minuciosamente, gracias a la compleja avidez del poeta por retratarse, cuya acepción extrema fuera tal vez una oblicua predisposición por la cristalomancia.

¿Cómo se ampliaron irremediablemente estas escisiones, fijando en sus variados crecimientos todos los móviles del poeta? ¿Y cómo el trópico se encargó de precisarlos definitivamente? Nacido en 1874 en el puerto de Frontera, Calcáneo Díaz se educó en Mérida y concluyó en la ciudad de México sus estudios de abogado. Desde Mérida, siendo casi un niño, como todos los artistas tabasqueños que en forma curiosa sólo reaccionan literariamente ante su copioso y parloteado paisaje —Tabasco no ha dado un solo pintor importante—, el pequeño Andrés les enviaba a sus padres poemas y cartas-poemas añorando el hogar y el paisaje nativo. En ocasión de un cumpleaños materno el estudiante concluía con la frase “Oh madre de mi amor, te mando el alma”. Con un final semejante, mucho tiempo después, el poeta cerraría su última carta mientras el pelotón de fusilamiento lo miraba: “Recibe un beso de tu hijo que al morir, te manda el alma”, como si el poeta en que volvió a transformarse en esos terribles momentos, mudada ya la piel de sus abundancias retóricas, retornara por la curva con que su destino alcanzaba fatalmente su trazo más perfecto y transparente en el hielo, hacia esa especie de pasado hacia adelante que surge en la interacción de vida y obra de algunos poetas. Y que así se vol-

* Nombre impuesto a la capital de Tabasco durante buena parte del siglo pasado y principios de éste cuando recobró su nombre original: Villahermosa.

viera hacia un tiempo fragmentado por quién sabe cuántas fotografías con aspecto distinto y cuántos actos sin concordancia aparente, buscando bajo la supuesta calma de una aceptación de su destino, no sólo la imagen de esa vieja fotografía del niño en Mérida cuando escribía sus primeros versos, sino a su equivalente, su primera frase de despedida al final de aquella otra carta, que ahora el poeta se sacaba de su sombrero de prestidigitador, no con la sonrisa del mago en el escenario, sino con la mirada de Rimbaud en la segunda etapa de su horror.

Concluidos en la ciudad de México sus estudios de abogado, vuelve a Tabasco. Ahora el mundo cantado y añorado lo abruma bruscamente con su clima insalubre y su sociedad presuntuosa y cursi, a la que sin embargo el poeta frecuente, empujado tal vez por esa humillación que en el fondo de toda soberbia quiere vestirse de gala. Sin embargo, Calcáneo Díaz se vale de la provocación para afrentar a esa sociedad, sin darse cuenta de que precisamente lleva a cabo sus propósitos con la gracia y el esplendor del aburrimiento provinciano en el trópico. Así, vestido solamente con una especie de enorme ropón de recién nacido y en los brazos de un amigo, se hace retratar —siempre es un retrato—, dentro de una iglesia durante un momento de descuido del párroco o del sacristán, junto a la pila del Agua Bendita, mientras otro joven vestido de sacerdote le imparte la bendición con un crucifijo en alto. Después de este escándalo, busca y sostiene amistad con toda clase de cómicos ambulantes que pasan por San Juan Bautista, y se pasa los días con ellos interpretando personajes de sainetes o dramones o vistiéndose de payaso o haciéndose fotografiar mientras baila con alguna de las cómicas de la *troupe*. Sin embargo, pese a tales asociaciones “libertinas”, y gracias a sus relaciones literarias con jóvenes de sociedad que lo admiran como poeta, y porque el despilfarro de lo magnético en el trópico permite y propicia cierta clase de liberalidad en la alta burguesía, Calcáneo Díaz es invitado a decorar con su charla y sus *boutades* las jocundas versiones sanjuaneras del salón francés en día de recibo y los saraos del exclusivo Casino Tabasqueño.

Es la noche del 15 de septiembre. En todo el país festéjanse indistintamente el Grito de Independencia y el cumpleaños del dictador, Porfirio Díaz. Desde el anochecer cesó en San Juan Bautista el exhuberante aguacero. En los charcos de agua de la calle

Juárez rechinan las ruedas de los landós y las carretelas y chapotean los cascos de las bestias de tiro, mientras los reflejos de las lámparas que portan los sirvientes rebrillan en el agua estancada y se pasean tornadizos por los muros del Casino.

En la acera de enfrente, el pueblo se apiña para presenciar el arribo de los festejantes. En el vestíbulo de la planta baja del Casino, una comisión de socios espera a las damas para ofrecerles el brazo en su ascenso por las escaleras de mármol, inevitablemente flanqueadas en el peldaño de arranque por los dos rollizos ángeles de bronce con aire femenino, que tan lindamente avivan el rococó. Apoyados en la punta del pie derecho, los ángeles parecen adelantarse hacia el aire, pero tanta carnosidad y gracia terrena corresponden al deliberado propósito de no levantar el vuelo, porque ese gozo que se vacía y se colma constantemente en el ámbito de lo bárroco tampoco precisa de alas, y así estos saludables andróginos parecen flanquear también ciertas zonas de la sapiencia del trópico, mientras con el regordete bracito sostienen en alto la lámpara con globo de nivoso cristal que la luz de adentro apenas si dora como a un caramelo.

“Llegan las Casasús...” murmuran los agrupados en la acera de enfrente. “Allí está el Dr. Mestre...” “Son las Becerra... míralas.” Frú-frú de faldas de *pongee* y organza con pasamanerías o encajes ingleses, mientras las luces y las manos se tienden para que las elegantes criollas puedan saltar a la acera con gracia y buena suerte, evitando los charcos. Entre los muchachos de frac que también están en el vestíbulo contemplando los sobresaltados arribos de las chicas por encima de los charcos, el joven Calcáneo Díaz arroja su puro en una de las escupideras de porcelana colocadas al pie de los macetones de palmas entregadas a su jugoso y un poco extraño verdor bajo la luz eléctrica, y se adelanta a saludar a una de las jóvenes Becerra, mientras el prominente padre y la madre se detienen a intercambiar saludos con la Comisión de Recepción. Calcáneo Díaz arroja el puro en la escupidera de porcelana y se adelanta, mientras a sus espaldas la luz reasume el verdor de las hojas de las palmas como en un juego de desaparecidos que finalmente se reunen. Entre esos desaparecidos, el rostro de Calcáneo en sus representaciones con los cómicos se deja ganar por el rostro del niño allá en Mérida, y un instante después estereotipa la sonrisa frente a la hija del licenciado Becerra Fabre. Nada ha sucedido,

se pensará sin embargo, pero el puro arrojado en la escupidera apaga lentamente el aplauso y las carcajadas de las cómicas ambulantes.

Ahora el pueblo apiñado en la acera de enfrente mira hacia arriba: En los balcones de la sala de baile o en aquellos otros del salón donde ha sido dispuesto el *buffet*, las muchachas y los jóvenes de frac apoyan los brazos en los húmedos barandales de hierro colado. Charlas nerviosas, frases ahogadas entre grititos y risas, espirales que la electricidad de la húmeda y aparatosa noche absorbe y devuelve, dilata y esparce, mientras se oye la voz del bastonero llamando desde adentro para organizar las cuadrillas. Después, el vals oaxaqueño o el danzón cubano se disputarán la discreta pero imperiosa reunión de los cuerpos, cada vez que el aglutinante de la orquesta hace que los muslos de unas y de otros se froten, se salpiquen de chispas, fluyendo en las aguas de la música que termina y recommienza hasta las primeras horas de la zozobra y la fatiga de un amanecer grisáceo, ensopado de neblina, cuando ya la acera de enfrente tiene el aire sórdido y vacío que los festejantes no tomaron nunca en cuenta.

Acodados en uno de los solitarios balcones, Calcáneo Díaz y su joven pareja descansan del baile y respiran el aire frío y oscuro. Han agotado los comentarios de ocasión escarchados por las agudezas del poeta y por el ramito de anís de su amiga. Como un moscardón, las frases de Andrés han girado chamuscándose las alas contra el foco encendido de lo que aún no puede decir, de lo que ha dicho demasiado en el manoseo ripioso de sus galanterías, de las cuales un momento después se arrepiente, ruborizándose como un niño, más cercano a la carpa ambulante que al bullicio melifluo del Casino Tabasqueño. Ahora el poeta guarda silencio frente a ese rostro de criolla fatigado por el baile y por la ansiedad melancólica; ese bello rostro cuyas líneas parecen propender siempre hacia la suavidad, hacia lo diluido, hacia lo que se ausenta, como si desde ahora o desde siempre hubiera conocido el curso de su destino y lo acatará como más tarde acataría la orden de su madre de no demostrar vencimiento cuando ambas, acompañadas por los niños, marchaban hacia la última escena del panteón, ceñidas por los ojos de los hombres, las mujeres y los niños del pueblo.

Así tomó camino el compromiso de Andrés Calcáneo Díaz con la joven que habría de convertirse en su esposa. Vino después la fiesta

de bodas, de cuidadosa y dominada elegancia, como todo lo que se hacía a la sombra del Lic. Becerra Fabre, antiguo luchador estudiantil y ahora prohombre de la política local, a pesar de que por sus viejas ideas liberales había roto ya con el régimen de Porfirio Díaz. Después de la boda, una paz y una complacencias extrañas sosiegan la vida de Calcáneo. Se piensa que aquellas agitaciones de su soltería se terminaron en sí mismas, pero tales agitaciones no han sido sino vagos anuncios de la borrasca, que en ese día de sol de su matrimonio aún no ha venido a ocupar su lugar, su sitio en todas las fotografías del poeta. Así la vida familiar y el próspero bufete jurídico comienzan a imponerle por propia mecánica ya no una complacencia sino un sometimiento a las normas de aquella sociedad. Pero las desembocaduras del poeta vuelven de pronto a cerrarse porque las aguas, como en todos los seres y las cosas tabasqueñas, suben de nivel en el momento menos pensado. Ahora se trata de la radicalización política del poeta, que habrá de cambiar completamente el curso de su vida.

Porque de pronto, como esos jugadores de póquer que comenzaron sus primeras sesiones apostando algunos centavos como tontón pasatiempo, pero que una madrugada en un cuarto caldeado y lleno de humo doblan el monto de una elevadísima apuesta o firman un pagaré y salen después al patio y se vuelan los sesos; así las fotos de Andrés Calcáneo Díaz vestido con el ropón de bautizo y los días pasados en las carpas de los cómicos ambulantes y su presencia insolente y solitaria en noche de retreta en Plaza de Armas, y sus puyas a los burgueses de la pequeña ciudad; la afrenta y el tedio de su vanidad humillada por lo imprevisible de sí mismo, convirtieron, después de pasar paradójicamente por su éxito de matrimonio y bufete, en los escritos políticos contra el gobierno Porfirista que se publicaban en la *Revista de Tabasco*, que el propio poeta había fundado con un pequeño grupo de amigos para ejercer sus críticas al régimen. Y a su vez estos artículos desembocan en su ingreso a una agrupación prerrevolucionaria. Entonces vienen los planes de lucha, las noches de conspiración, los mítines, las acusaciones cada vez más concisas a un gobierno señalado por Calcáneo y sus amigos como despótico y corrupto.

La noche del 2 de abril de 1907, los antiporfiristas realizan una manifestación. Esa mañana el gobernador Bandala presidió, la ceremonia de homenaje al dictador por su hazaña en la carbonera, en

sus días de héroe contra la intervención. Por tratarse de esa fecha, el gobierno concede permiso para un “gallo” nocturno, pero por otro lado dispone su maniobra. Durante el trayecto del “gallo”, agentes del gobierno operan como provocadores y se producen escenas violentas. Ya preparada, la policía entra en acción. Los manifestantes son dispersados y los cabecillas —Calcáneo Díaz, entre ellos, aprehendidos.

El gobierno emplea contra los acusados las tácticas de siempre. Previamente, la prensa controlada por el gobernador, deforma los hechos, señala a los detenidos como agitadores al servicio de intereses inconfesables que, naturalmente, nadie define. Como “voceros del pueblo”, los de la prensa exigen castigo contra aquellos que “prefieren la vuelta al caos, atentando contra la paz constructiva de que goza el país”.

Los aprehendidos rechazan las acusaciones, y Calcáneo se hace cargo de la defensa de sus amigos y de la suya propia. Ante las artimañas del juez y del fiscal, niega las imputaciones de subversión, alegando que sólo luchan por la aplicación efectiva de la Constitución del 57, violada no por ellos sino por el régimen. “La sola aplicación real de nuestra Constitución —dice el poeta a nombre de los acusados—, encauzaría al país por las vías del verdadero progreso, de la justicia y de la honradez en el manejo de los fondos públicos.” Por otra parte, la burguesía tabasqueña se siente ultrajada por el gobierno local, ya que entre los inculcados figuran varios jóvenes provenientes de linajudas familias. Pero Bandala, viejo y astuto soldado porfirista, cierra los oídos a las peticiones de libertad y habla de aplicar escarmientos. Los acusados se van quedando solos, y así pasan ocho meses en las celdas de la vieja cárcel del Estado, situada en uno de los costados de Plaza de Armas.

Concluida la condena, Calcáneo Díaz elige el exilio y se marcha a Cuba. Allí radica buen tiempo, pero la nostalgia de la patria lo atrae de nuevo y lo deja en Puebla donde el poeta se hace amigo de Aquiles Serdán. Después marcha a la capital y se entrevista con Pino Suárez y decide incorporarse al Club Maderista. Así comienzan sus entradas y salidas a Tabasco cumpliendo comisiones del nuevo partido o preparando la gira por el sureste del candidato a la presidencia, Francisco I. Madero. Así no ve el nacimiento de ninguno de sus tres hijos. Unas veces es la política lo que lo aduerme y lo deslíe, otras el pergeño siempre incompleto de sus poemas. Una

suerte de respiración acezante concierta sus viajes sonámbulos con la justeza de sus mejores versos.

A cada fugaz retorno a San Juan Bautista viene dispuesto a quedarse, dispuesto a "hacer algo". Pero una angustia febril lo lleva y lo trae, cosido a las imágenes de sus fantasmas y de sus supuestos más fotográficos, de sus iluminaciones más vacías. Sus actos hacia la cristalomancia lo devuelven hacia el poema que no perfecciona ya, hacia el libro que no publicará jamás, hacia la acción política que nunca llevará totalmente a cabo. El caos comienza a trabajarlo en sus mejores aristas, en los delirios más matizados. Habla como político pero se queja como poeta. En sus apuntes sin corregir están la soledad y el nihilismo. En sus cartas a su esposa se disculpa siempre de sus errancias. Hay un continuo deseo de volver. ¿De volver a qué, a dónde? El poeta no parece saberlo, pero va y viene; su matrimonio ha entrado en crisis y su esposa, por decisión de la suegra del poeta, ha vuelto con los pequeños hijos al cobijo del hogar paterno, y el bufete y el hogar vacíos se cubren de polvo. En algunas cartas y urgido por su esposa, el poeta le explica confusamente su situación precaria y le dice que en última instancia venda todos sus libros para solventar algunos gastos. Esta frase con respecto a la venta de sus libros —"en última instancia"—, la entenderemos más tarde, cuando en su última carta, ya frente al pelotón de fusilamiento, el poeta se acuerda de "sus libros" y le pide a su padre que los recoja y los guarde. Lejano y dolorido amor de escritor, de hombre de palabras, por sus sustentos. Y así en sus cartas es siempre lo mismo: "No puedo por ahora . . .", "es terrible . . .", y la decisión final: "En última instancia, vende mis libros."

¿Se había convertido la cárcel en la acción con que el poeta abrió finalmente su caja de Pandora?, ¿pagaba ahora, con su sujeción a lo ondeante, su prisa por hacerse a sí mismo posible en la trama del espejo exterior, de la historia que se movía sin los extremos siempre rectificables de sus escritos poéticos?

Y siempre la soledad del hotel, la charla incandescente hasta la madrugada con el amigo en la mesa de una cantina, mientras los meseros esperan, cruzados de brazos, a que esos dos últimos clientes abandonen el local. Siempre los poemas dispersos, las críticas al régimen, la irregular militancia política, el libro sin redondear cuya sombra abruma al poeta. Y entre tanto, allá en San Juan Bautista, entre cartas henchidas de angustiosas promesas, la esposa recibe

poemas de ocasión y fotografías donde el poeta muda siempre de apariencia. El niño de Mérida, que después se convirtió en el satírico bufón provinciano, un día posa para la cámara con insolencia diazmirioniana; otro, el bombín y el bigote terminado en finas guías, le dan ese aire de dandismo tan caro a la época; después el pelo cortado en cepillo y la mirada melancólica lo emparentan con los "enfant du siècle" que en 1914 hicieron el famoso viaje de Apollinaire en automóvil de una época a otra. Y ya en sus últimas fotos el poeta opta por el rostro completamente afeitado, por los anteojos de aro. En este nuevo rostro, el pesimismo aparece como volcado y reabsorbido por un gesto que es emanación de lo inmóvil, último riesgo de los que viven el exilio.

Pero llega el estallido revolucionario de 1910. *El Ipiranga* abandona el puerto de Veracruz, y la crisis política le toca en Tabasco a Calcáneo Díaz, quien resulta electo diputado local en el nuevo gobierno maderista. Una suerte de trabajo febril se apodera del poeta, y el primer fruto es un proyecto de reforma presentado al congreso con el siguiente título, *La Ciencia del Gobierno Municipal y los Congresos Municipales*, en el cual, y al proponer las bases para el municipio libre, Calcáneo Díaz afirmaba que los mexicanos, precisamente por el cambio revolucionario, estaban en mejor aptitud que nunca para comprender lo que sucedía en el mundo, para ponerse al día en "la marcha de las naciones" trayendo al ámbito nacional "lo mejor de la cultura y el pensamiento extranjeros". Pero en plenas tareas reformistas los asesinatos de Madero y Pino Suárez y el ascenso al poder del verdugo, lo paran en seco.

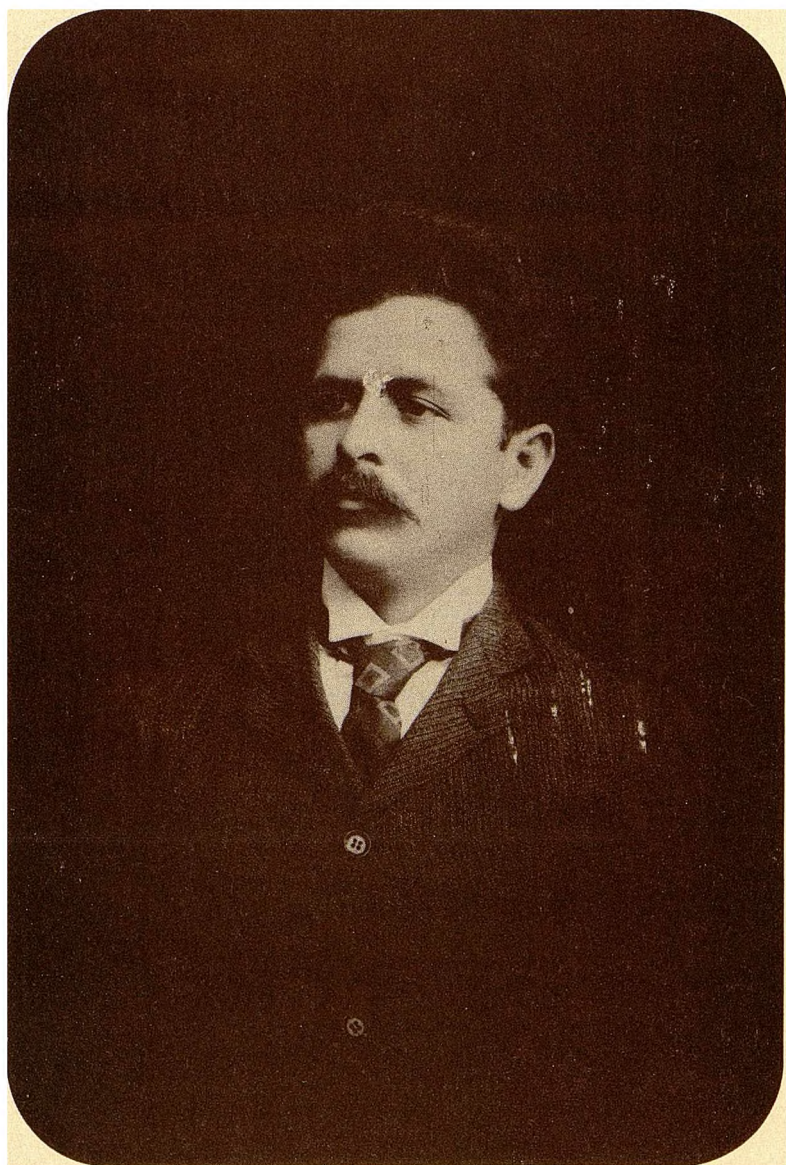
¿Qué hacer? El nuevo conflicto reaviva en el poeta la antigua escisión. Ahora Calcáneo Díaz, sin reponerse del golpe, sostiene la vieja tesis tan arraigada en México, de la lucha desde dentro del poder. "Si tenemos posiciones dentro del gobierno, debemos aprovecharlas mientras no poseamos una organización política lo suficientemente fuerte para abatirlo." Apenas es 1913, y ya lo horroriza la sangre derramada por todo el país. "No debemos propiciar que el fratricidio de los mexicanos continúe" exclama. "Hay que encontrar soluciones sin que la sangre siga corriendo." Una vez más, la realidad modelada por los fantasmas del curso histórico nacional lo mantea igual que a Sancho en la famosa hostería.

Pero las violentas alzas y caídas no lo despiertan sino que, también como a Sancho, poniéndolo más al corriente de los fantas-





Con Eva, su esposa





Al H. Lic. *Albino* *Acenato.*
Fraternamente.

Andrey

Marzo 3/12.

mas lo aduermen más, lo dejan en mejor situación de seguir en algo a alguien como Don Quijote. Esos movimientos del manteo, parecidos a los disparos por los asesinos en uno de los costados de Lecumberri, le cambian el aire de los ojos. Don Quijote es aquí la transparencia que el poeta intenta atravesar sin darse cuenta, es la súbita amistad con el vacío, mientras escribe su soneto frente a la muerte de Madero y el paredón comienza a succionarlo desde lejos, sin manteos, sin movimientos bruscos, sin predisposiciones que no sean casuales, que no le den al azar la soltura necesaria para manejarlo.

En la zona de la Chontalpa subsiste un foco rebelde al cual el gobierno de la usurpación estrecha implacable, pero con gran esfuerzo. Como diputado local, Calcáneo Díaz pide la amnistía para ellos, y gobierno y rebeldes la aceptan en los términos planteados por el diputado. El gobernador le pide entonces que actúe como intermediario. Calcáneo Díaz acepta y cruza la línea del ejército huertista, se entrevista con los jefes rebeldes y finalmente se acuerda por ambas partes el cese de fuego. Pero el gobierno no había pensado nunca en respetarlo, urgíale una articulación para terminar del todo con los rebeldes y el poeta se la facilita con su proposición de amnistía. Mientras Calcáneo Díaz regresa a San Juan Bautista convencido del éxito de su gestión, el ejército ataca por sorpresa el campamento de los rebeldes, pero éstos logran escapar.

Los maderistas se dispersan en Tabasco, pero el surgimiento del carrancismo y la debilidad política de los usurpadores locales, vuelve a fortalecerlos. Entre tanto, Calcáneo Díaz enterado del resultado de su gestión se revuelve en San Juan Bautista. Pero es la historia de siempre. El gobierno huertista se lava las manos y acusa a los maderistas de haber sido ellos quienes violaron el cese del fuego, atacando al ejército por sorpresa. La prensa, al servicio de la usurpación, apoya la versión oficial. ¿Habiéndolo padecido en carne propia, rechaza Calcáneo Díaz este juego de infamias, o para justificar, ahora más que nunca, su tesis de la lucha desde dentro del poder, necesitar creer la versión del gobierno? ¿O simplemente se niega a reconocer más de cerca la fantasmagoría de ese proceso donde él, el poeta, se sabe ahora instrumento ridículo y trágico de los huertistas?

Andrés Calcáneo Díaz se revuelve en San Juan Bautista. En un acto de desafío al gobierno, escribió y publicó su soneto a la muer-

te de Madero y no había pasado nada. Al contrario, precisamente por saberlo ligado a la causa de la Revolución, el gobierno aceptó su propuesta de amnistía pidiéndole además que actuara como intermediario. Así los huertistas prepararon mejor su trampa contra los maderistas.

Por su cuenta, el poeta intenta restablecer contacto con los rebeldes y no lo logra. Los informes que recibe acerca de ellos son hartos confusos. El nombre de Carranza suena cada vez más fuerte. En Tabasco ya son muchos los que piensan que es la hora de tomar las armas, y una vez más se enciende la rebelión en dos puntos del estado, en la Chontalpa y en la región de los Ríos. El carrancismo se extiende victorioso y Victoriano Huerta termina por abandonar el país. En Tabasco el gobierno huertista también huye y las facciones carrancistas entran a San Juan Bautista, mientras la confusión y el desorden facilitan las nuevas maniobras de acomodo de los politiqueros de la capital del Estado en torno a este o aquél jefe carrancista.

En aquel caldo de burbujeantes resortes que los tinterillos arribistas de San Juan Bautista adensan en torno a los triunfadores, hay un nombre que se pronuncia con malicia o se le omite sordamente. Hay un nombre que le da mal sabor a esa sopa preparada con los peores hábitos del elogio en la retórica tropical, y que como trozos de suaves y tiernos pejelagartos aderezados con salsa de tomate, son servidos a los paladares de la vanidad de algunos de los jefes carrancistas locales. Dioses y héroes griegos vienen a encarnar, mediante los guisos discursivos de los tinterillos, en los nuevos jefes del gobierno. Y así, durante el banquete ofrecido por las "fuerzas vivas", en los condimentos de la burbujeante sopa conviven en un mismo trozo de pejelagarto, un general y la furia de Aquiles, otro general y el rayo fulmíneo de Zeus... Es la sorda competencia de palaciega y delirante oratoria abanicando el banquete triunfal. Y mientras las frases de gloria van y vienen entre trozos de pejelagarto, de los labios de algunos el nombre de Calcáneo Díaz ha desaparecido, y en los de otros, sólo se pronuncia malignamente.

Porque mientras los carrancistas entraban en San Juan Bautista, rumores muy amenazantes hacen que un grupo de amigos de Calcáneo Díaz lo convenzan de la necesidad de ocultarse, mientras dichos amigos le preparan una entrevista con los jefes de la Chontalpa para aclarar de una vez por todas el penoso asunto del asalto

alevoso de los huertistas a su campamento, aprovechando el pacto de amnistía propuesto por el poeta. Y así, escondido en la casa de una prima, Calcáneo Díaz espera la hora de aquella entrevista, mientras por las calles se deslizan frases como éstas: “¿Pero se podía esperar otra cosa de un señorito poeta casado con una encumbrada burguesa?” “¿Pero qué esperabas de un poeta señorito? Nada más recuerda con quien está casado...”

Pasan algunos días, y nadie acude al escondite de Calcáneo Díaz para decirle que los jefes del ejército de la Chontalpa lo esperan para hablar con él. ¿Qué sucede allá afuera? Sus temores y vacilaciones lo proyectan más hacia el fondo de ese escondite que el silencio del poeta dibuja con precisión sombría. Llega el miedo, se sienta a su lado, y con gesto familiar y mimoso le echa un brazo sobre los hombros. Por la noche, el brazo sobre los hombros se hiela y un sudor frío y sin asideros deja a Calcáneo flotando en la humedad de unas madrugadas de malolientes ruidos de ratas por debajo de su pecho. Nadie habla de ello, y el escondite se convierte en el agujero de una enorme rata que se pasea sobre su pecho mezclándose cada vez en mayor grado con la respiración más escondida del poeta. Y aun nadie viene a avisarle que los carrancistas aceptan escucharlo.

Entonces, de pronto, la rata salta de la respiración del poeta y se pierde debajo de la cama. Sus fotos, sus escritos revolucionarios, sus poemas, su ir y venir por callejones sin salida; se han sentado a su alrededor y lo miran. Criaturas que el ocio del miedo hizo retroceder y que ahora regresan y se sientan con ánimos de quedarse, de prolongar su visita para siempre. Entonces el poeta se incorpora de la cama donde suele repasar su vigilia, se afeita, viste su flux de lino crudo, se coloca sus anteojos de aro, se mira al pasar en el espejo del ropero, toma su sombrero panamá y sale a la calle. Se encamina al palacio de gobierno. Cualquier cosa es ya preferible a permanecer oculto, poseído por el temor que más le repugna, el del inocente-culpable.

Pero apenas ha caminado doscientos pasos cuando un piquete de soldados lo detiene. (Más tarde se dirá que ese piquete de soldados precisamente marchaba hacia la casa de su prima para aprehenderlo, porque esa misma mañana una delación había ya puesto a las autoridades al tanto del escondite del poeta.)

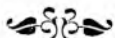
El detenido es conducido al palacio de gobierno a la presencia

de uno de los jefes militares. Media hora después, custodiado por el mismo piquete de soldados, atravieza Plaza de Armas y entra en la cárcel del Estado, como en aquella noche de abril de 1908, cuando el gobierno porfirista lo acusó de llamados a la violencia.

Por toda la ciudad corre la noticia: Andrés Calcáneo Díaz ha sido aprehendido. Allá, en Frontera, el puerto situado en la desembocadura conjunta del Grijalva y del Usumacinta, los padres del poeta reciben un telegrama con la noticia. A la mañana siguiente una lancha rápida atraca en los barrancos de San Juan Bautista y de ella salta el viejo marino don Andrés Calcáneo Puig, padre del poeta, después de un viaje de toda la noche por el río Grijalva. El viejo marino acude a la cárcel e inútilmente trata de hablar con su hijo. Las puertas de la señorial casona de Becerra Fabre, situada en la loma de Cinco de Mayo, se abren y la joven esposa se dirige también hacia la cárcel. Recibe la misma respuesta: "Por orden superior el Lic. Calcáneo Díaz está incomunicado."

Y así comienza la peregrinación del padre del poeta. Acude a la secretaría particular del gobernador, a la Secretaría General de Gobierno, habla con funcionarios menores que mueven la cabeza. El nuevo gobernador no puede recibirlo ahora. Vea usted al coronel fulano de tal, vea usted a tal licenciado. Vea usted. Todo tiene que arreglarse. ¿En qué hotel dice usted que está hospedado? Porque en cualquier momento el señor gobernador puede mandarlo a buscar para arreglar este penoso asunto. En lo personal, yo no creo en la traición de su hijo. Pero tiene ciertos enemigos, se dicen cosas, en fin. Pero confíe usted en la justicia del nuevo gobierno.

¿A quién acudir? Todos los días el viejo marino sale temprano de su hotel, se desayuna en el mercado y después se dirige a Plaza de Armas. Se sienta en una banca, frente a la alta ventana de oxidados barrotes, que alguien le ha dicho que pertenece a la celda de su hijo. Por una parte, el viejo marino espera la audiencia con el gobernador, por eso todos los días deja el mismo recado en la administración del hotel: "Si me manda a llamar, digan que estoy en Plaza de Armas." Por otra, don Andrés Calcáneo espera ver a su hijo cuando lo saquen para llevarlo a los tribunales donde deben juzgarlo. ¿Pedirá abogado defensor o volverá a defenderse él mismo como en los tiempos de Bandala?







Su afición por el teatro





La última fotografía

Así pasan los días y nada sucede. La mañana en que se cumplen veintidós días de incomunicación del aprehendido, amanece lloviendo. Sobre las aguas crecientes del Grijalva, el cuerpo tentacular de la niebla propicia agrupamientos de humedad donde un cor-tante vientecillo tironea la ciudad somnolienta y encogida. Es poca la claridad en el barranco donde se han practicado los desembar-caderos. Chapotean los pies descalzos de los que desembarcan las frutas, las legumbres, las aves que esa mañana van a venderse en el mercado. Suena el pito de un remolcador, mientras el agua activada por su paso reproduce ya la futura distancia del remolcador que-dándose tranquila de nuevo en el flujo de su tiempo, una vez que éste ha reabsorbido el ruido efervescente de la embarcación tapada por la niebla, cuyos tentáculos parecen manejarla como dentro de una baraja de prestidigitación. Entre el agua oscura y espumosa de la orilla quedan ahora los ojos pelados de los pejelagartos y las mojinas que sujetos a los cayucos por el cordel del anzuelo, parecen retener la ausencia del remolcador en esa mirada redonda, cíclica, que la muerte ya les distribuye.

En un viejo hotel situado a la orilla del río, el padre de Cal-cáneo Díaz se viste lentamente junto a su cama. Después, por una especie de memoria que extrañamente le era ajena, porque no con-cordaba con lo que él instintivamente llamaba “mi memoria”, re-tomaría la lentitud con que esa mañana comenzó a vestirse mientras miraba por el balcón las cubiertas de las canoas y de los barcos parcialmente tapadas con lonas embreadas, experimentando de sú-bito en esa lentitud, el ámbito angustioso de aquella mañana en Hong-Kong, cuando al bajar por la plancha el muelle atestado de fardos y hormigueantes *coolies*, sintió súbitamente la indigencia de un regreso. No para abrazar a su esposa y a su pequeño hijo a quienes desde luego extrañaba profundamente. Tampoco era una necesidad de volver a causa de uno de esos presentimientos que nos acometen de pronto cuando estamos lejos de los nuestros. No era nada de eso, no había nostalgia de nadie ni de nada. Era una angustia de volver no sabía a donde, de regresar como ese remol-cador que ahora se había perdido, pero que hace unos momentos hubiera podido virar y marchando contracorriente tornar al punto de partida, a la posición que tenía antes de zarpar.

El viejo marino abandona el hotel apenas va cesando la lluvia y se dirige al mercado para tomar su desayuno. El vientecillo cor-

tante que tironea la ciudad hacia la niebla ribereña, lo estremece obligándolo a resoplar. Ahora entra al mercado, cuyos encajonados vapores lo acojen entre las resonancias del diálogo de venteros y clientes. Se sienta a una de las amplias y recién lavadas mesas de madera, junto a otros parroquianos. Contempla distraído el saltar de las mojarras en las freideras. En ese momento, alguien le toca un hombro y le dice: “Acaban de sacar a su hijo de la cárcel.” En los ojos de los últimos pescados que los pescadores depositan sobre el zacate del barranco, aparece fugazmente la sombra del agua movida por el paso del remolcador. Si ese remolcador pudiera retroceder al punto de partida.

Suena el gran aldabón de hierro en forma de mano enguantada, de la casa de los Becerra. Una prima y un primo de la esposa de Calcáneo Díaz han venido, por lados distintos, a darle la noticia: “Eva, sacaron a Andrés de la cárcel, lo llevan por Constitución.”

Como a las 7.30 de la mañana del seis de octubre de 1914, un celador abrió la celda donde Andrés Calcáneo Díaz había estado, despierto desde muy temprano, escuchando el rumor ventoso de esas lluvias de otoño que los ciclones del Golfo de México precisan como un lejano coletazo. El celador se hizo a un lado, y un hombre vestido de oficial del ejército entró en la celda. Ostentaba el grado de teniente y sus modales llevaban cortesía: “Licenciado, haga el favor de acompañarme.” Sentado en su catre, con el flux de lino ya sucio y arrugado, Calcáneo Díaz se llevó una mano a la mejilla y al contacto de sus dedos con los tallos de su barba seguramente pensó, pero no lo dijo, que antes de seguir al teniente le gustaría afeitarse. Después, se levantó del catre, se puso los espejuelos y salió de la celda precedido por el teniente. Afuera, en el patio, un piquete de soldados lo esperaba.

Por fin ha llegado el momento. Todo lo mascullado en veintidós días de incomunicación ahora será puesto en práctica: los modos, las frases, las vías legales por las que el poeta ha decidido enfrentarse a sus jueces en los tribunales.

Calcáneo Díaz sale de la cárcel entre dos filas de soldados. Ya ha cesado la lluvia, y de las hojas de los laureles de Plaza de Armas, movidas por el vientecillo cortante, se desprenden gruesas gotas de agua. “Sigue el friío” comenta el teniente. El grupo de hombres atravieza la Plaza, descenden por un costado de palacio y toman por Constitución, calle arriba. Pasan por el Instituto

Juárez y algunos alumnos del poeta, estudiantes de la escuela de Derecho, se adhieren a la comitiva. Piensan que tendrán acceso al tribunal militar y escucharán la defensa de su maestro de Psicología.

El grupo sigue subiendo la calle, y al llegar frente al antiguo palacio del arzobispado, donde ahora está instalada la Comandancia Militar, el poeta se detiene y hace intentos de entrar. Pero el teniente al ver su tentativa le dice: "No, licenciado, seguimos." (Al final de aquella calle comienza el camino a Atasta, y en ese cruce está situado el panteón, donde ya se han llevado a cabo algunos fusilamientos.)

¿Cuál fue el alegato, el discurso meditado en esos veintidós días? ¿En qué razones pensaba basar su defensa? ¿Qué dosis de virulencia y sarcasmos emplearía contra los tinterillos politiqueros de San Juan Bautista? ¿O solamente en esos veintidós días de incómoda soledad, Calcáneo Díaz había pulido hasta la saciedad si no el discurso, cuando menos la obra de su derrota, prefigurada en algunos de sus escritos? ¿Y acaso en esta obra, el silencio no terminaba por asomar su obscena cabeza, ya tan bien conocida por el poeta?

Lo cierto es que Calcáneo Díaz comprendió de súbito, ya en el cogollo de una revelación, que el "seguimos" del teniente era el único trozo de realidad que en aquellos momentos podía íntegramente pertenecerle a él. Trozo de hielo que bajo el rayo de un sol que reverberaba insensatamente, iba ya deshaciéndose, pasándose a la zona de la negación del poeta. Entonces él se volvió hacia ese fragmento *real* y lo cubrió confundiéndose con él para proporcionarle esa baja temperatura de la cual requería para no deshacerse. No, el destino de los demás no se apoderaría de esa fracción de realidad, de ese trozo de hielo logrado en un clímax de lucidez poética, que el poeta oponía a todo el fuego bestial del trópico, a todo lo que él había rechazado con su vida de exilio y fragmentaciones. Y fue así como le respondió al teniente: "Como usted diga."

Con esta frase marcha, el poeta. Como antes lo hizo con su vida, ahora también, en los últimos momentos, les ha arrebatado su muerte a aquellos que querían disponer de ella históricamente, es decir en razón de una serie de acontecimientos y situaciones producidos en el seno de una determinada sociedad. Situado de esta manera en lo que va sucediendo hacia su muerte, Calcáneo Díaz comienza a prepararla con aquella pericia con la que siempre soñó para su

oficio de poeta. Y así otea en otros espacios y en otras representaciones donde aquellos que lo acompañan no aciertan sino a sostener los rifles, con el ritmo que el poeta les transmite y que ellos irán sintiendo poco a poco. Después de la lluvia, una luz muy reciente y verdosa flota sobre la calle. Vuelan algunos zopilotes extendiendo las alas en lentos y soportados giros entre aquel cielo desvaído y esa tierra muy roja y mojada. Finalmente, la mañana va entrando ya en el escenario con ritmo parecido al de aquellos barcos de río, alguno de los cuales quizás está atracando ahora en el pequeño malecón, y en los que Calcáneo salió tantas veces de San Juan Bautista.

Marchan cuesta arriba por la charcosa calle de Constitución. Por esa calle que está terminando, que está a punto de volverse camino de Atasta, que está a punto de que Calcáneo Díaz no pueda volverse, regresar, entrar precipitadamente otra vez en San Juan Bautista y sentarse en la sofocante noche caldeada de insectos, en una de esas bancas de hierro pintadas de verde, a ejercer su insolencia y a dispararle sus puyas a un gobierno y a una sociedad que desprecia y teme, mientras en el quiosco central la banda de música del Estado ejecuta los acordes inevitables y los vecinos desfilan interminablemente. La calle de Constitución se convierte ya en camino de Atasta, y allí está la fachada pintada a cal, con las dos inevitables columnas de estrías empotradas a uno y otro lado de las amplias rejas de acceso, mientras la palabra "Silencio" se adelanta, escrita arriba, en el friso.

Las botas de los soldados están embarradas de lodo rojizo. ¿Son acaso estos charcos los reemplazantes de aquellos otros de los que las jóvenes de sociedad libaban sus vestidos de baile, apoyándose en las manos de sus galanes para saltar a la acera del casino, desde el pescante de los coches?

Llegan los soldados y el poeta seguidos por aquel grupo de estudiantes cada vez más asustados. Calcáneo Díaz con su flux arrugado, con la barba crecida. Allí está, queriendo integrarse cada vez más a aquel que posó arrogante y complacido frente a tantos fotógrafos. ¿Está listo ya para la última foto? ¿Retocará antes el escenario? ¿Cómo va a complimentar la voluntad de esta imagen?

Son más de las ocho, y la mañana sigue metiendo su claridad como un majestuoso barco de rueda por ese canal que los pasos del poeta y los pasos de los soldados están terminando de trazar.



Cárcel Pública Pen. J. Bant. Mayo 21/906.

Al Subteniente de Marina Don Alfonso Calcaenes Diaz, los Cabecillas de la revolucion de Tabasco, víctimas de la psicología.

Muy apertuosamente.

Amé

J. B. Borge

Pedro Larralde

Samuel Beate Hughes

7. L. J. J. J. J.

El libro Vargas está en el Hospital.



La cárcel es un lugar al que la supe-
ror que sea de las leyes defensor:
al entrar al obscuro calabozo,
con el entra el honor!

Cuando el gerente comprenda
que es tipo del pueblo y no de
los obscuros de la de arriba la
libertad.

Siempre pensará de

Porque Dios siempre será un
personaje obispo para los verdaderos
liberales: la muerte de la libertad
de imprenta, la mayor de sus
manchas!

Almudé y Geste Singhastre

Siempre el tirano
visitando del hombre los derechos,
Siempre dominando liberos hechos
con su dignidad moral.

S. B. B. B. B.

Aquí estamos hasta que la ca-
ja halla hospedaje en la comu-
nidad de los que gobiernan.

Pedro Lavalle (R)

En México hace falta un hombre

Larraz

Entonces a las puertas del panteón, surge un grupo de chiquillos que de paso a la escuela se desvían curiosos. A uno de ellos Calcáneo Díaz le pide un lápiz y una hoja de su cuaderno. Nuevamente vuelve el poeta a la compañía de las palabras. Se apoya en una lápida y comienza a escribirle a su padre la carta de despedida. "Papá, muero tranquilo..." ¿Y se sorprendió al comprobar que era cierto, qué su pulso no temblaba, qué sabía perfectamente lo que estaba escribiendo y por qué y cómo lo escribía? ¿Y entonces miró su letra como si en realidad mirara hacia la cámara? "Muero tranquilo." ¿Era esto posible? Perdidos todos los alegatos, sin ninguna oportunidad de defenderse, situado en el eje mismo de un ventarrón de incoherencias y relaciones monstruosas, absolutamente seguro de que ya nadie lo oyó, de que ya nadie va a venir a salvarlo, en este último momento alguien escribe: "Papá..." Una letra de buen tamaño, fina y confiada, sin cargar mucho el acento, sin ampliar mucho la curva de lo que sucede. Una letra que se va haciendo depositaria de un fragmento de hielo que ahora sólo es visible y operable para el poeta. Un fragmento que va a deshacerse cuando Calcáneo Díaz lo indique, y que ya nadie podrá tocar. Un fragmento, en fin, de terrible lucidez poética que el sol abrasante y estúpido del trópico ya no podrá aniquilar. Cuando escribió la última frase, "Recibe un beso de tu hijo, que al morir te manda el alma", el ruido corto y exacto de un broche al cerrarse, al coincidir sus opuestos, sonó en el interior del poeta; porque inclinado sobre aquel papel acababa de descubrir en el fondo de esa última frase, la foto hecha en Mérida de aquel niño de ojos melancólicos, de mirada ya hecha para no aguardar la piedad, y que desde el colegio había comenzado a escribir esta última frase, "te mando el alma". Cartas, versos, hacia Frontera, "allá donde a la sombra gentil de los manglares..." "Su iglesia inacabada, su gran parque baldío" escribía con exactitud, por encima de las generalizaciones de este tipo de versos. "El angosto canalizo de la barra..." Allá, en alguna parte, aquí, en esta carta que ahora firma el poeta. Y llega la última fotografía.

Y por la calle de Constitución vienen subiendo la esposa, la suegra, los pequeños niños del poeta. Marchan aprisa, y a las puertas y ventanas de las casas la gente del pueblo se asoma para verlas. "Son la esposa y la hija del licenciado Becerra Fabre..." "son las Becerra..." Alguien, probablemente el teniente que mandaba el

pelotón, le pidió que posara para los fusiles bajo un limonero seco. El poeta vio un tulipán hacia el cual parecía dirigirse ahora el barco de rueda de la mañana. "Allá —dijo señalando el tulipán— debe de ser allá." Y explicó de paso su última coquetería, que el tulipán era su flor predilecta. Soldados y poeta se movieron hacia aquel sitio. Y así iba Calcáneo Díaz construyendo el escenario para esta última foto, así lo afinaba cuando ya no afinaría ningún poema más, ninguna colección de poemas para ese libro del cual el poeta no había dejado de hablar. Pero ahora cuidaba estos detalles, escogía el árbol, la luz. Penetrados por esta voluntad de estilo, los soldados se movían, ajustaban su grupo, mientras a las puertas del panteón los curiosos se arremolinaban estirando las cabezas, luchando por verlo todo. "Pa'trás, pa'trás" decían los soldados que se habían quedado en las puertas para cerrarles el paso.

Bajo el tulipán el poeta recompuso la figura. Se quitó su leontina, sus anillos. "Por favor, se los dan a mi esposa." Luego se ajustó los espejuelos. "No tiren a la cara" pidió. En formación, los soldados alzaron los máuseres. El poeta miró de frente, negándose a que le vendaran los ojos. En el cielo algunos zopilotes planeaban con las alas extendidas. Las aguas del Golfo de México golpearon en el muelle de Veracruz. Flotan latas vacías, pedazos de cajas de madera entre los cascos de los barcos cargueros. El grito de los pelícanos al pasar frente al Morro, mientras La Habana se va quedando atrás, la calle de Tacuba en sus días de estudiante, los cantos y las guitarras yucatecas oídas desde su cama en las noches del internado, cuando le llevaban serenata a aquella muchacha que vivía frente al colegio y a la que él veía siempre por la ventana del salón de clases, sus charlas en Puebla con Aquiles Serdán, el telegrama de Pino Suárez. "Ahorita entraron" le dice un hombre del pueblo a don Andrés Calcáneo, señalando hacia el panteón. En el vestíbulo del Casino Tabasqueño el poeta arroja su puro y se adelanta hacia esa menuda pero elegante joven de grandes ojos oscuros que ahora llega con sus hermanas, grita un pelícano más fuerte que el otro al pasar volando muy cerca del barco, mientras un tercero descende a pararse en uno de los extremos de la muralla del Morro que las olas salpican bajo los centelleos de esa luz tardecina, José Asunción Silva y Salvador Díaz Mirón aparecen en un palco de proscenio y comentan la escenografía con aquel tulipán y aquellas caras asomándose por encima de los hombres y los rifles de los

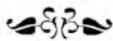
soldados allá en la puerta. En la pechera almidonada de Silva está la previa mancha de sangre, en la mente de Calcáneo Díaz esa última frase, el poema que tal vez debió escribir así. Se ha oprimido el obturador. Silva y Díaz Mirón se ponen de pie, el barco de rueda de la mañana pasa junto al tulipán y se lleva la última foto del poeta.

A la entrada del panteón el viejo marino, don Andrés Calcáneo, lucha por entrar. Cincuenta pasos atrás vienen la suegra, la esposa y los pequeños hijos del poeta. El padre, la esposa, la suegra, los niños, todos oyen y no oyen la descarga. En las ventanas de las casas cercanas, las mujeres del pueblo miran cómo la altiva anciana y su hija marchan erguidas, sin importarles que el barro rojizo manche los bordes de sus faldas. "Son las Becerra, son las Becerra . . ." "Son las Casasús . . ." Pero ya no hay, al menos por ahora, acera de enfrente, el presuntuoso Casino Tabasqueño va a llenarse de pronto de ratas y telarañas. La esposa se detiene al escuchar la descarga, va a caer de rodillas. Su madre la sujeta por el brazo y le susurra casi sin aliento. "No nos doblaremos delante de ellos." Han oído y no han oído la descarga. El teniente efectúa el tiro de gracia.

A las puertas del panteón la multitud se repliega para que entren los que llegan. También entra un hombre a caballo que les avisa a los familiares que por orden de la autoridad el cuerpo no podrá ser velado fuera del apanteón, y que debe ser inhumado lo más pronto posible.

Las ramas del tulipán sombrean el bulto inmóvil. Alguien trae una sábana para taparlo. Ya está vacío el palco donde estuvieron sentados Silva y Díaz Mirón. En el escenario, el vientecillo cortante vuelve a soplar, menea ligeramente el tulipán. Sin que nos demos cuenta, sus hojas más altas se perfeccionan.

Londres, noviembre de 1969



José Carlos Becerra
[1937-1970]

Papá: estubo tranquilo porque no creo
haber atrado nunca con mi vida en mis
actos como hombre público. Hay que con-
formarse con la suerte de cada quien:
a mi tocó la de pagar por las enfermedades
de otros, que, más hábiles (porque en reali-
dad eran culpables), se escaparon a tiem-
po. Yo me presenté voluntariamente, como
bien sabes.

Escibe a mi madre, a quien tal vez
siente el pesar que mi muerte le cause. Pa-
ra a mis hijos, quienes tuvieron la desgra-
cia de perder a su padre en sus tiernos
años. Mi último pensamiento es para Eva,

que ha pasado por tan duras pruebas.

Recoge mis libros y quítalos como
un recuerdo de tu hijo que al morir te
manda el alma.

Am.

Sept. 6 de 1914

Recibido
por el Sr. J. J. J.
el día 10 de Sept. 1914

En contestación al escrito de usted de esta fecha, manifiesto a usted que ya esta Comandancia Militar dictó órdenes a efecto de que el cadáver del ejecutado Andrés Calicáneo Díaz, sea sepultado en el lugar que usted crea conveniente en este Cementerio General, pero sin sacarlo del lugar de la ejecución.-

San Juan Bautista, octubre 6 de 1914.

Coronel, Comandante Militar Interino.



Al Co. Andrés Calicáneo.

Presante.

Poemas



A MI MADRE

De los tristes cantares
que brotan de mi arpa,
en alas del alisio, madre mía,
a ti los ecos moribundos vayan,
al nido abandonado,
al tutelar albergue de mi infancia.
Suspiros de mi pecho,
mensajeros de mi alma,
te lleven de mi amor la ofrenda pura
desde el confín de la arenosa playa
donde, al rigor de mi destino adverso,
paso la vida derramando lágrimas . . .

¡Quién me diese cruzar, madre, contigo
los campos de esmeralda
que fecundizan con perenne riego
las ondas murmurantes del Grijalva!
¡Cómo pudiesen contemplar mis ojos
junto a la margen las donosas palmas,
abriendo en plena luz sus abanicos
al beso fugitivo de las auras;
y el arroyuelo manso
que entre alfombras de grama
desliza sus cristales,
cual leve cinta de movible plata!

¡Ah! ¡Cuántas veces al soñar contigo,
por el afán vencida la distancia,
siento en mi rostro tus amantes labios
y el casto resplandor de tus miradas;
y cuántas, a la luz de las estrellas,
en la noche callada,

vago por mi heredad: miro sus valles,
sus lagos con sus juncos y sus garzas,
sus ríos opulentos
y mi casita blanca! . . .
Y, al poder inefable de esos éxtasis,
en tropel se levantan
del santuario feliz de la memoria
los dormidos recuerdos de la infancia,
—aquella edad que se perdió en la bruma
de las cosas lejanas—;
y experimento el bien de tus caricias,
y oigo la vibración de tus palabras,
como en aquellos días venturosos
en que al pie de la cuna me arrullabas . . .

Mas se rompe el encanto:
palpo de nuevo la verdad ingrata,
y las lágrimas vuelven a mis ojos
y el rebelde sollozo a mi garganta . . .
¡Y, envuelta en mis gemidos,
oh, madre de mi amor, te mando el alma!



MADRIGAL

A Eva

Al estrechar anoche con la mía
tu mano de marfil, cándida y breve,
la hallé tan mustia y fría,
que, a su contacto, la ilusión me hacía
de que era un lirio modelado en nieve.

¡Y pensar que mis labios la han sellado
con su ósculo de amor, dulce bien mío! . . .
¡Quizás murió apagado
el fuego de mi beso enamorado
entre tanta blancura y tanto frío! . . .

 OJOS NEGROS

A Eva

Ojos de dulce expresión,
tan negros y tan brillantes;
ojos que sois dos diamantes
de divina irradiación:
tened de mí compasión;
en los míos suplicantes
posad sólo unos instantes
vuestras miradas de fuego;
¡escuchad mi triste ruego,
ojos que sois dos diamantes!

Ojos que causáis locura,
ojos que el amor inflama;
ojos que sois una llama
brillando en la noche oscura.
Tras de la luz que fulgura
va el insecto, porque la ama;
soy insecto, y si sois flama,
aunque abrasado me muera,
¡envolvedme en vuestra hoguera,
ojos que el amor inflama!



ELEGÍA

A la memoria del Sr. Lic. Gustavo A. Suzarte,
muerto en San Juan Bautista de Tabasco,
el 30 de septiembre de 1899

Un árbol de ancha copa
es la mundana turba
que a los hambrientos surcos
recubre sin cesar de hojas caducas.

¡Cuántas, ayer lozanas,
hoy el turbión impulsa!
¡Cuántas que festonearon
la erguida fronda, dispersó su furia!

Tú, en una rama prócer
que el aura siempre adula,
de ese árbol centenario
hoja fuiste de límpida tersura.

Privabas por tu brillo
entre las otras mustias,
que, dóciles, un tiempo
fueran los pajes de la corte tuya.

Nutrió tus recias fibras
la savia más fecunda,
la que pujante corre
por la corteza de la encina adusta.

Por eso no cedías
al ábrego y la lluvia,
y enérgico te alzabas
con doblado vigor tras cada lucha.

Pero ¡ay! la ley durísima
es fuerza que se cumpla . . .
¿Y quién no será uncido,
tarde o temprano, a la fatal coyunda?

Un día en que bramaba
del Austro la voz ruda,
tal vez desprevenido
te sorprendió su destructora furia;

y caíste . . . caíste
para no alzarte nunca,
tu rama predilecta
dejando presa de mortal angustia.

De hoy más, de tu prestigio
ya no tendrá la ayuda . . .
¡aleve segadora
te arrebató por siempre a tu ternura!

A nuestra vez caeremos
también las hojas mustias
que un tiempo, en grupo dócil,
fuimos los pajes de la corte tuya.

¿Sabremos ¡ay! qué surco
darános sepultura
al ir rodando, miseras,
en alas del turbión, una tras una?

¡Acaso ni gocemos
la plácida ventura
de hallar, como tú hallaste,
a nuestro lado cariñosa tumba;

y nuestra rama huérfana,
gimiendo en la espesura,
no escuchará el sollozo
de tantas almas que el dolor abruma! . . .



HOMENAJE

A la señora
Catalina Altamirano de Casasús

I

Rimando, taciturnos, añejas tradiciones,
en mi país, señora, resbalan opulentos
dos ríos, que, a manera de boas corpulentos,
enlazan las campiñas en sus ondulaciones.
Al sur de Sierra Madre, de altísimas regiones
solamente accesibles a cóndores y vientos,
desplómanse, minando los rudos basamentos,
destrenzadas y sueltas sus crines de leones.
Y ganan las llanuras; y por sus anchos cauces
orlados de palmeras, de robles y de sauces,
desatan el ovillo de su ondulante cinta;
pero, antes de que toquen el mar en que se hunden,
en fraternal abrazo se estrechan y confunden
el férvido Grijalva y el raudó Usumacinta . . .

II

Y allí donde a la sombra gentil de los manglares
deslízanse sus aguas formando un solo río,
de una ciudad porteña se extiende el caserío
que olean del mar patrio las brisas tutelares.
¡Con qué placer evoco sus plácidos hogares,
su iglesia inacabada, su gran parque baldío,
su escuela bulliciosa, y el grato murmurio
del agua, y el eterno rumor de sus palmares! ¹
Tal fue mi cuna . . . En ella nació también el hombre

de quien lleváis en alto, como un blasón, el nombre;
el que por siempre uniera al vuestro su destino;
el vástago mexica de Juvenal y Horacio...²
¡mis agros nada envidian a los del riente Lacio,
ni mis verdes oteros al airoso Aventino!

¹ Refiérese el autor a la ciudad de Frontera, de Tabasco.

² El ilustre tabasqueño, Sr. Lic. Joaquín D. Casasús.



A MARÍA

Era tan pura como el blanco lirio
que crece a las orillas del Grijalva.
Su cuerpo era de ondina de los lagos,
su tersa frente, pálida.
Su mirada era luz, y su cabello
raudal dorado que agitaba el aura.
¡Ay! cuántas veces al morir la tarde
besé sus labios de olorosa grana,
y, clavando en su rostro
mi amorosa mirada,
la decía sonriente:
—“¡Yo no te quiero a ti!” Y al mismo tiempo
Ella entonces huía de mi lado
gritando por la sala:
—“¡Yo no te quiero a ti!” Y al mismo tiempo
su manecita blanca,
en pago de mi amor y mis caricias
un besito volado me mandaba.
¡Jamás podré olvidarlo! Era una tarde
del mes de agosto; sus inquietas alas
movía apenas la ligera brisa;
doquier reinaba bienhechora calma;
el cielo estaba claro, ni una nube
cubría la distancia;
y allá lejos, muy lejos, cual agreste
muralla de esmeralda,
los perfiles azules se veían
de la áspera montaña,
descollando entre todas
el Madrigal soberbio, que levanta
su frente hasta los cielos,
de nubes coronada,

como guardián eterno
de los ricos vergeles de mi patria.
La senté en mis rodillas,
junto a la puerta de mi pobre estancia;
la di un beso en la frente,
cual siempre acostumbraba,
y después de besarla, cariñoso,
la conté una historieta . . . un cuento de hadas.

 ACUÉRDATE DE MÍ

¡Llegó la hora terrible! . . . Mañana, cuando ardiente
dorando los celajes que floten en Oriente,
el astro-rey derrame su vívido fulgor,
iré solo, muy solo ¡oh dulce amada mía!
cruzando pesaroso del mar la onda bravía,
el pecho destrozado de angustia y de dolor.

Allá, tras de los mares, donde el Grijalva undoso
desliza su corriente, soberbio y majestuoso,
regando los vergeles del suelo en que nací,
esperan mi retorno mis padres que me adoran,
los seres que en mi ausencia acongojados lloran,
a Dios vueltos los ojos, rogándole por mí.

Preciso es que me ausente, preciso es que te deje,
que con el alma herida, de ti, mi bien, me aleje,
y con el labio trémulo te dé mi triste “adiós”.
Pero te juro, hermosa, por todo lo más santo,
que adondequier que vaya inspirarán mi canto
tu amor, mi único culto, y tú, mi único Dios.

¡Adiós! . . . Y mientras quiere mi rudo y cruel destino
que vuelva a ver tu rostro, tu rostro peregrino,
tus ojos soñadores, tus labios de rubí,
de tarde, en el gemido del viento entre las hojas,
escucha, vida mía, la voz de mis congojas,
dedícame un suspiro y acuérdate de mí . . .

 A...

Esta flor que robóle a tu seno
savia, vida, calor y fragancia,
cuando anoche en sus dombos de nieve
ostentóse altanera y gallarda;
esta pálida flor que ayer era
de la verde campiña sultana,
cuando fueron tus manos de armiño
de su tallo gentil a arrancarla;
esta flor de los pétalos de oro,
que murióse de tedio y nostalgia
al caer de aquel solio de mármol
a que quiso fortuna elevarla,
y pasar a mis manos llorosa,
cual si fueras ¡oh virgen! la hada
que en su cáliz formó perfumado
camarín que mecieron las auras;
yo la guardo cual dulce amuleto
que despierta en mi pecho las ansias
que en un tiempo a morir condenaron
del destino las leyes malvadas;
como nuncio que viene a decirme
que ya vuelven del viaje las blancas
ilusiones benditas que huyeron
del santuario ruinoso de mi alma,
cuando en mar borrascosa, sin rumbo,
con las olas bregaba mi barca;
cual presagio de un coro de dichas
que se acercan cantando a mi estancia
del amor las heroicas leyendas,
del amor las sentidas baladas . . .
Yo la guardo cual santa reliquia

que da fe, da valor y esperanza;
y no temas, bien mío, que ingrato
la deseche por mustia y ajada,
porque guarda el perfume divino
que tus formas de virgen exhalan,
y aquel otro perfume: ¡el perfume
inmortal y sublime de tu alma!



MI TRIUNFO

A pesar de tu encono y tu desvío
moras conmigo en la región del Sueño;
allí, sumisa a mi amoroso empeño,
ríndesme el corazón y el albedrío.
De tu esquiva beldad el señorío
allí me reconoce como dueño,
y en tu labio de púrpura, risueño,
solamente se posa el labio mío.
Y al estrecharme en sus calientes lazos
tu blanco seno y tus redondos brazos,
en que la savia juvenil circula,
y envolverme la luz de tus miradas,
de mi lira en las cuerdas olvidadas
sus dulces cantos el amor modula.



¡ENTRA! . . .

Si no temes el frío que impera
en el fondo sin luz de mi alma,
entra en ella y con ánimo fuerte
por sus lúgubres ruinas avanza
sin que lance tu pecho un gemido,
sin que asome a tu faz una lágrima.
¡Qué suntuoso era el templo! Tan sólo
de él me quedan la ojiva volcada,
las pilastras por tierra, y sin virgen,
ni perfumes ni adornos, el ara . . .
¿Lo recuerdas? . . . El tiempo, que todo
lo destruye, lo borra o lo cambia,
envidioso quizá de la dicha
que en sus besos de luz nos brindaba,
en un día fatal y terrible
el invierno nos trajo en sus alas;
y luchando con frío y con nieve
y animados de dulce esperanza,
una hoguera encendimos, y en torno
de esa hoguera que el aire inflamaba,
frente al ara bendita cayeron
de rodillas su alma y mi alma,
levantando los ojos al cielo
y elevando hasta Dios la plegaria.

Mas en vano ¡oh dolor! fue la lucha:
si esquivamos los dos la desgracia,
nos buscó para herirnos, sañuda,
con su negra y firmísima garra;
pues si, huyendo el invierno, encendimos
un hogar crepitante, sus llamas

se enroscaron rojizas al templo
que trocóse en voraz llamarada,
en incendio que quema y asola,
en incendio que asfixia y que mata.
Y crujieron los toscos maderos
y crujieron el techo y el ara,
y rodaron por tierra los frisos
y las altas y esbeltas arcadas,
y la virgen huyó del santuario
y fue ruina lo que antes fue gala . . .

.....
Sí, no temas al frío que impera
en el fondo sin luz de mi alma:
¡entra en ella y con ánimo fuerte
por sus lúgubres ruinas avanza,
sin que lance tu pecho un gemido,
sin que asome a tu faz una lágrima!



BLANCO Y NEGRO

I

Tú eres la blanca nieve de la altura
que el sol levante con sus rayos dora,
la inhollada, la pura
que con una diadema de blancura
la adusta frente del volcán decora.

Y yo ¿qué soy? . . . Del valle en lo más hondo
un solitario y lóbrego pantano,
charca de negro fondo
que tras mi linfa cenagosa escondo
fango y reptil: lo fétido y lo insano.

II

Hasta mí no descieras, nieve pura,
por el levante sol tornasolada;
no bajes de la altura
a fundir en mi cieno tu blancura
¡oh nieve de las cimas inhollada!

La tierra baja, yo, sólo podría
no más brindarte lo que soy: mi lodo . . .
Aléjate, alma mía;
donde estás, siempre luce claro día,
donde estoy, siempre es noche . . . ¡negro todo!



LLAMADA

Al Sr. Lic. Ignacio Ancona Horruytiner

I

La escarcha de un invierno prematuro
cuajó sobre mis flores,
mató las galas del follaje oscuro
y ahuyentó mis amables ruseñores . . .
Oh fastidio letal que me consumes,
hiriendo sin piedad mis ilusiones,
ánforas de perfumes,
de arrullos y canciones:
¿por qué tan pronto sobre mí caíste
con tus vientos helados,
y mi cielo, antes límpido, cubriste
con el sudario gris de tus nublados?

II

¿Qué me ha quedado del ayer dichoso?
Los juegos de mi infancia,
mis anhelos de joven y el piadoso
destello de mi fe sencilla y pura
¿en dónde están? ¿en dónde su fragancia
que la atmósfera impura
que emponzoña mi vida, purifique?
¿En dónde está su luz, para que vierta
sobre el cadáver de mi dicha muerta
su resplandor, y mi alma vivifique?

III

¡Oh dolor, ven a mí porque yo quiero
que hundas tu garra en las entrañas mías
y que me hagas sufrir, sañudo y fiero!
¡Si no tengo alegrías,
que pueda al menos derramar mi llanto! . . .
¡Mi propia mano encontrará la herida
para que salgas, león, de tu guarida
rugiendo en el torrente de mi canto!



HISTORIA VULGAR

¡Oh, cómo el recuerdo grabóse en mi mente:
la ira hizo eterna su triste impresión!
En un mar de fuego, detrás de los montes,
hundió sus melenas de llamas el sol;
y en negras bandadas las sombras nocturnas
cubrían la tierra de luto y pavor
saliendo medrosas de sucias callejas,
de oscuro follaje, de viejo torreón.
La esquila vibraba: su lengua de fuego
llamaba a los fieles a hacer oración;
algunos transeúntes cruzaban las calles;
alzaban los coches confuso rumor.
Llorosa mendiga cubierta de harapos,
tendiendo la mano que el cierzo entumió,
a ciertos *señores*, con débil acento
pidió una limosna en nombre de Dios.
¡Oh, cuánta vergüenza pedir le costaba;
yo vi en sus mejillas luchar el rubor,
brillar en sus ojos hundidos el llanto
y temblar su mano y gemir su voz.
¡Quién sabe si sólo pensando en sus hijos
sufría animosa tan duro baldón;
sus hijos . . . sus hijos . . . que allá en la pocilga
se estaban muriendo sin pan ni calor.
Siguieron hablando los nobles *señores*;
ninguno su queja gozoso escuchó,
y con voz más débil que ya ni se oía
clamó una limosna en nombre de Dios.
¡Punible osadía: la pálida mano
que pan imploraba un traje manchó!
La escoria, el andrajo, no tienen derechos:

¿cómo es que insolente molesta al señor?
Un hombre de aquellos miró a la cuitada
y en justo castigo la dio un bofetón . . .
¡Y un rayo de luna, cayendo del cielo,
chispeó en el diamante que el rostro ofendió! . . .



NOCTURNO TRÁGICO

A Joaquín D. Casasús

Es de noche, noche oscura, noche lóbrega y siniestra,
noche trágica
sin estrellas en el dombo
ni gorjeos en las ramas . . .
Tropezando como un ebrio —la embriaguez bebí en un cáliz
de amarguras y de lágrimas—
tropezando como un ebrio,
entre riscos y malezas, voy, camino de la playa,
con un féretro
a la espalda:
el sarcófago que encierra
en sus fúnebres mortajas
a dos blancas virgencitas
que murieron de nostalgia:
la mayor, de ojos azules; de ojos verdes la más joven:
¡la ilusión y la esperanza!
En el bosque rumoroso y en el tímido océano
convulsiva se revuelve la borrasca,
sacudiendo los ramajes
y azotando el dorso inquieto de las aguas
en las rocas
milenarias
que defienden
y resguardan
el angosto canalizo
de la barra,
donde el faro, como un cíclope de piedra,
su ojo insomne abre y apaga . . .
Ruge el viento las estrofas de su canto polifónico
y es su voz inmensa gama

en que vibran al unísono, en macabro concertante,
clamorosas maldiciones y estridentes carcajadas,
al confuso vocerío
de millares de gargantas
por el vino enronquecidas
y el espanto estimuladas,
al salir de un aquelarre
de liturgias demoniacas . . .
¡Ruge el viento! la espesura
se estremece
al contacto de la racha,
del eólico Pegaso que pasea centellante
al Dragón de la borrasca.
El océano iracundo
se convierte en multiformes cordilleras de montañas,
en volcanes movedizos que revientan en espumas . . .
¡Pobre lava
que el turbión con rudo soplo
desbarata!
La tormenta invulnerable
tiene alas,
y se mofa de las iras impotentes
de las olas encrespadas
que en su cauce de granito se revuelcan mugidoras
como fiera encadenada . . .
Llueve a cántaros. Las nubes,
al vaciar sus formidables cataratas,
al espíritu medroso
con amagos de diluvios acobardan.

Por senderos y por grietas
corre el agua,
engrosando los torrentes
o esparciéndose en las charcas,
e interrumpe mi camino,
mi luctuosa y triste marcha
al través de las tinieblas
de esa noche oscura y trágica,
fiel trasunto de la otra

—sin estrellas ni gorjeos— de mi alma . . .
 Y, al rodar por mis mejillas el rocío de la lluvia,
 se confunde con mis lágrimas.
 En los negros nubarrones
 su zig-zag parpadeante el rayo traza
 como signo misterioso
 de una cábala,
 de una cábala maldita
 que conjura cataclismos y catástrofes presagia
 en la ronca voz del trueno
 que en el aire se dilata.
 Y, ante el vívido concierto de las cóleras rugientes
 del dios torvo que preside la borrasca,
 mis dolores
 se agigantan,
 y cobrando cuerpo y forma
 me rodean y amenazan
 con las uñas
 de sus garras,
 de sus garras que hace tiempo, mucho tiempo,
 me destrozan las entrañas . . . ¡me destrozan las entrañas!

 Y lloroso y claudicante en mi *via-crucis*,
 flagelado por la lluvia y por las ráfagas,
 voy camino
 de la playa,
 con el fúnebre bagaje de mis pobres muertecitas
 a la espalda . . .
 He llegado. De una roca que se yergue,
 monolítica y huraña,
 al nivel de los cantiles
 que al océano avasallan,
 en la cúspide rugosa pongo en tierra sollozando,
 —con sollozos que me anudan la garganta—
 aquel fardo que contiene los despojos adorables
 de mis vírgenes difuntas, la ilusión y la esperanza;
 y, a la bóveda infinita
 convirtiendo la mirada,

en un grito blasfemante
el rebelde labio estalla . . .

.....
Mas . . . ¿quién gime al lado mío?

¿Cuál acento de dulcísimas palabras
en mi angustia me socorre
con la miel de sus plegarias?

Di ¿quién eres? . . . Y acercándose tranquila,
y envolviéndome en la luz de sus miradas,
una sombra de contornos ideales,
una esbelta mujer pálida,
me responde:

—“Soy la Amada.

¿Ya olvidaste mis amores?

¿No contabas,

en tus hondos infortunios, con la amable compañera
de tus íntimas veladas,
cuando en alas del ensueño, como nébula flotante,
en el éter intangible remecíase tu alma?

Soy tu Amada, la tristeza: soy la madre sin ventura
de esas pobres muertecitas, la ilusión y la esperanza.

Sin decirme “adiós”, ingrato, de mi vera te alejaste,
cuando Abril de los vergeles los matices retocaba;
te sedujo la alegría,

la voluble cortesana

que me roba mis amores

con sonrisas de coqueta y señuelos de taimada.

Y tú, ciego, la seguiste:

ignorabas

que a su lado se evaporan los ensueños

y la fe pliega las alas . . .

¡Sus estériles

entrañas

no conciben, cual las mías,

ilusiones ni esperanzas!

Y por eso es que se han muerto

las que hoy yacen en el fondo de esta caja:

¡al faltarles mi cariño y el calor de mi regazo

se murieron de nostalgia! . . .”

Cavo al fin la sepultura. En la cúspide rugosa
de la roca que se yergue, monolítica y huraña,
al nivel de los cantiles
que al océano avasallan,
en unión de la tristeza,
de mi noble y fiel amada,
deposito resignado los despojos adorables
de mis vírgenes difuntas, la ilusión y la esperanza;
y mi labio, antes blasfemo, cual ungido por la gracia,
con serena mansedumbre
da a los vientos sus plegarias.



ANTE UN CRUCIFICADO

A D. Manuel Sales Cepeda, Maestro

Miente, Rabino, miente la piedad del artista
que, al arrancar tu efigie de la entraña del bloque,
se nutrió en la leyenda, y del cincel al choque
nimbó de mansedumbre tu faz que me contrista.

¡Miente! Cuando a la arena de la mundana pista
penetraste, tu verbo, que hería como estoque,
estalló en anatemas y vibró como un toque
de rebato que a turbas en rebelión alista.

Con miel de amor ungías las llagas y las penas;
pero también tu mano coyundas y cadenas
quebrantó, porque odiabas la Férula y el Vicio.

¡Ser justo fue tu crimen, y el golpe de la Muerte
en actitud colérica debió de sorprenderte
lanzando imprecaciones en medio del suplicio! . . .



IN ETERNUM

A la memoria de D. Francisco I. Madero

La furia soldadesca te arrolló . . . Tu bandera,
tinta en tu noble sangre, te sirvió de sudario,
y contigo murieron, glorioso visionario,
la Democracia augusta y la Virtud austera.

Fue tu labor insigne cristiana y justiciera:
por ti los mercaderes huyeron del santuario;
y, negado y vendido, moriste en un calvario,
de frente a lo futuro, soñando en tu Quimera.

Te siguió, como a Cristo, de Judas la malicia,
y tus grandes anhelos de Amor y de Justicia
ahogó en horrendo crimen tu turba pretoriana;

pero tu limpio nombre, coronado de gloria,
brillará eternamente al través de la Historia
en las más altas cumbres de la conciencia humana.



ORACIÓN FÚNEBRE PARA EL
POETA TABASQUEÑO SALOMÉ TARACENA

“Señores:

Triste misión la que me trae en estos momentos al borde mismo de la tumba que dentro de poco tragará para siempre los restos mortales de un nuevo náufrago de la vida a quien acatando los mandatos de mis amigos a la par que los impulsos de mi corazón, vengo a darle la dolorosa despedida eterna.

¿Quién fue el hombre a quien hoy acompañamos a su última y silenciosa morada?... Un pobre bohemio, un visionario, un poeta en una palabra. Cruzó por el haz de la tierra claudicante y miserable, ajeno a todos los placeres que brindan las riquezas y la fortuna; pasó por el mundo descreído y huraño, idólatra de un culto, de uno solo; el culto nobilísimo del arte y fin único y último de su creciente fanatismo y de todos sus pasajeros entusiasmos... ¡Pobre Salomé! Aún me parece verlo y oírlo cuando en horas de artístico deliquio se entregaba en cuerpo y alma a la complaciente tarea de recitar a sus amigos sus viejas o recientes producciones, todas ellas de una personalidad distinta y bien individualizada entre el desmedrado y ruin acervo literario de esta región. Con qué mímica tan propia, con qué expresión tan adecuada y sobre todo con qué entusiasmo y amor recitaba los casi siempre vigorosos y frescos hijos de su musa. Poeta de veras sufrió desde muy joven el mal de todos los poetas; el desengaño, el tedio, la nostalgia de un país lejano y quimérico, el país del ideal; allí donde es eterna, la primavera del corazón y nunca se deshojan las flores de los pensiles del alma; y por la razón misma de su tedio, de su desencanto ante la realidad idealizada, como Musset, como Poe, como Plaza, buscó cien veces el olvido hundiéndose en las negruras y soledades de escepticismo donde se retiran todos los desamparados de la existencia...

Espíritu exquisitamente artístico amaba la belleza con todas las fuerzas de su alma y en producirla se deleitaba con uncinosa perseverancia. Allí quedan como una prueba de su feliz ingenio, dispersos en hojas de periódicos, en álbums, en cuadernos y en simples trozos de papel de estraza los frutos de su inteligencia si escasamente cultivada por falta de elementos para hacerlo en sazón, sí de inspiración avasalladora y fecunda de la que en ocasiones brotó más de un deslumbrante chispazo de genio en forma de sentencia profunda, de regocijado epigrama, de grito de dolor o de imprecación cólerica contra todas las tiranías . . .

Mas no es mi objeto ni el de los amigos que represento hacer en este lugar ni en este supremo instante la apología del poeta y la crítica de su obra, no, la misión que se me ha confiado es más compatible con mis escasas y modestas aptitudes, aunque también más abrumadora para mis afectos; vengo sólo a dar la despedida a mi amigo que se va, que se nos adelanta en el viaje a lo desconocido arrojando su cuerpo como un fardo, al reviviente y fecundo laboratorio de la naturaleza. Así, pues, antes que el sepulturero arroje sobre su cadáver la removida tierra que lo cubra y lo oculte para siempre a nuestras miradas séame dado pronunciar esta sola frase: ¡Salomé, hasta luego!”

Nº 520

Se terminó de imprimir
el día 2 de agosto de 1970
en
Imprenta Madero, S. A.
Avena 102 / México 13, D. F.

✱

Diseño de Vicente Rojo

NT:38577